

MEDIANA

*Le dije: no me gusta la vida sin ti. Y la
persona que fuimos recordó el aliento.*

Volví.

LOLITA BOSCH, *La persona que fuimos*



Haciendo memoria, no recordaba haber mantenido muchas conversaciones con mi padre mirándole estrictamente a los ojos. Nuestras conversaciones siempre se daban en dos dimensiones, con la indefectible presencia de algunos testigos mudos como el televisor o las incesantes líneas blancas de la carretera o en su defecto túneles, rotondas y semáforos si circulábamos por la ciudad.

Por supuesto, con el acompañamiento siempre de ruidos y voces extrañas o familiares. El silencio no era una banda sonora que nos hubiera unido en ninguna circunstancia. Salvo ahora. Qué cómico.

Hay que estrellarse en medio de la carretera, salirse de la calzada, llevándose por delante una mediana, y descender cerca de un kilómetro (un cambio de rasante del 45% según los peritos que constataron el atestado presentado por el abogado) para poder conversar cara a cara con tu propio padre y en silencio.

También es cómico que lo primero que pensé al recuperar el conocimiento fue en llamar por teléfono a mi padre, como había hecho en no demasiadas pero suficientes ocasiones como para suponer un hábito en caso de situación de emergencia en mi mediada vida. Pero el señor Ruiz, mi superpapá, se hallaba a menos de tres metros de distancia de lo que ahora por continuidad conceptual debía seguir llamándose coche.

Al intentar articular un «papá» entré en contacto con una constelación de dolor que hasta ahora me había sido desconocida. Como si el sistema nervioso hubiera descubierto un nuevo territorio. Había que hacerle un hueco en el mapa, habría que, a partir de ahora, hacer hueco a un montón de violentas sensaciones.

Fue en vano que intenté alzar la voz. Opté por estirar el brazo y zarandear la hombrera de la camisa del padre que tenía más próxima. Recordé unas difusas nociones de primeros auxilios que se alojaban en el Pleistoceno de mi memoria. No zarandéis a un herido. Podéis agravar su lesión o provocar una peor. Colocaos de rodillas a la altura de su tráquea y... ¡mierda!

Nadie daba por supuesto en las clases de socorro que el que hacía el papel de auxiliador podía tener las costillas hechas trizas o el omoplato clavado en el músculo, por no hablar de las piernas, que en ese preciso momento representaban para mí una zona perteneciente más al sueño que a la acción potencial.

En esas clases se suponía que tú ibas caminando por un territorio perteneciente a la nada —similar al de los dibujos del libro que regalaban al final del cursillo, patrocinado por la Consejería de Educación—. Tú ibas caminando por un horizonte de tinta y papel y de pronto encontrabas a un tipo desconocido —siempre en decúbito supino— con los brazos a lo largo del cuerpo, con una camisa ya de hecho entreabierta, el pelo corto y peinado y una laxitud indolora como la de un peluche gigante ganado en una feria.

Nadie te ponía en el supuesto de que cada movimiento del auxiliador costaba por lo menos un hondo afán de valentía y su consiguiente ahogado chillido con la letra a como tema principal. ¿A nadie se le había ocurrido dibujar «el amasijo de hierro» —esta imagen no era mía, provenía de las crónicas de accidentes a las que nos tenían acostumbrados los del telediario— que te separaba de una víctima que por añadidura era uno de tus seres más queridos y no un tipo perfectamente anónimo como los dibujados en el breviario de primeros auxilios?

Y si podía afirmar algo sobre mi estado era que tenía las piernas hechas polvo. Me dolían terriblemente. Al usar ese adjetivo en mi monólogo interior recordé a la encargada de la tienda en la que trabajaba, diciendo que esta o aquella prenda era terriblemente ponible o terriblemente *trendy*. El oxímoron se había instalado ahora entre mi pericia y mi dolor. No sentí ninguna de esas oleadas de coraje que todos los héroes relataban ante los

canutazos de los periodistas. No protagonicé ningún estado de excepción entre mi umbral de dolor y mi capacidad de actuar. Estaba consumida por un dolor que en su sola magnitud ya me tenía bastante ocupada. Era un imponderable del que no se hablaba en los cursillos, que nadie mencionaba en las narraciones de salvamento. Hasta las parturientas obviaban el dolor en sus relatos del puerperio. Los rastros de suciedad, espasmos y transformación en monstruo que las madres sufrían en toda sala de partos.

No era momento de pensar en esto, por rápido que lo hiciera. Tenía que conseguir que mi padre girara la cabeza, necesitaba contactar con una mirada directa con esas familiares retinas, saber que todo ese dolor tendría una sola justificación en algún momento, que se diluiría en un relato posterior del accidente: «Salvó a papá, nos salvamos». Nadie querría oír más adelante la crónica de sentir huesos astillados y cosas que instintivamente uno sabe que no pueden encontrarse en su sitio.

Reptar. Movimiento primitivo que yo había practicado según la crónica familiar hasta mediados los dos años. Repté de nuevo.

Cuando di toda la vuelta al cuerpo del padre comprobé que había algo más que vida en sus ojos. Había un terror prohibitivo para el estatus de un padre, una imagen que hizo anular todas y cada una de las imágenes anteriores que tenía asociadas al concepto papá, incluso la recientemente archivada «papá va camino de anciano», aquella en que su nuca anterior había sido sustituida por hombros cargados y vello blanquecino y su velocidad de crucero se había reducido unos metros por hora.

Papá iba camino de otra cosa. Ahora, papá había sufrido un golpe espectacular en el lado derecho de la cabeza pero mantenía una extraña sonrisa. Cerró los párpados extremadamente despacio al ver que me acercaba. Aparté el pelo empapado de sudor y sangre de uno de los lados de su frente. Eso sí que fue un gesto de terrible ternura.

Escucha, papá. Dime algo. Háblame. Estamos vivos. Todo ese mensaje contenido en los movimientos orquestados de unas fa-

langes sobre unos rizos escasos pasados por golpes y cristales.

Dijo «vale» unas doce veces seguidas. Él ya no podía cuidar de mí. Estaba claro que en aquella nueva situación que nos había tocado en suerte, la fatalidad me había repartido el papel de responsabilidad. Me daban ganas de protestar, como si hubiera un director de teatro dirigiendo la escena con una incompetencia flagrante. Pero no, es la ley de la selva. Una mujer de treinta años es más fuerte que un hombre de sesenta malherido, por muy cercano que sea el vínculo y aunque este haya estado basado en la protección unilateral del miembro de más edad.

Así que me lancé haciendo la croqueta con el ritmo rarísimo que mi dolor le imponía al tiempo. Todo se medía por las oleadas de alfileres que asolaban mi médula y me obligaban a parar con un nubarrón negro en la vista y las uñas clavándose en las calvas de hierba del terraplén en el que nos encontrábamos.

Mi objetivo era llegar a mi bolso, donde, ilusa, creía que debería de encontrar mi móvil. El guionista de este accidente había escondido la clave de la salvación y yo sólo tenía que encontrarla. Pero mi bolso estaba vacío. Sólo encontré una botella de agua completamente aplastada y un mechero con el estúpido logo de uno de los bares cercanos a mi tienda, una boina sobre la que se leía “Ricardo Desayunos”. Volví ya en estado de extenuación junto a mi padre y me tumbé boca arriba, muy estirada, seria pero amigable, esperando ser ahora atendida por uno de los muñequitos del tríptico de primeros auxilios. Pensé que si daba la pinta de herido fácil alguien se materializaría a mi lado como en los dibujos bajo los cuales decía *Fig. 1: Boca a boca*. Me entró la paz.

Mi padre empezó a hablar un poco más fuerte. Nos dio una especie de risa perezosa, una risa que, si no tuviera tantos reparos contra la adjetivación gratuita, calificaría de siniestra. La clásica mueca con sonido que se prolonga en el tiempo. Una de las favoritas de los actores televisivos. Yo tiraba más por la risa y mi padre más por el llanto, en un equilibrio que me pareció de lo más elegante en aquel momento.

Si había que morir, no estaba tan mal. A pleno sol, en una carretera comarcal de la provincia de Almería, junto a mi padre. El sudor le había empapado completamente la camisa. Desabotoné con pericia el cuello y le eché torpemente algo del agua ardiendo que aún albergaba la botella de plástico.

Se oía la chicharra incandescente típica del bosque de pino mediterráneo y soñé con una gran burbuja de aire acondicionado que cubriera todo el parque natural en el que nos encontrábamos. El padre se me dormía y eso no podía ser, pero a mí aquel sol me estaba quitando las dos barritas de fuerza que mi personaje ostentaba en esta pantalla tan tonta de la que, de momento, no podíamos salir. Sal de tu propio accidente. No te insolles, obvia el dolor inhumano, salva al papá, no te regodees en las imágenes y la certeza de la impotencia, no seas débil. Haz algo, no me jodas. Me soplabla mi mente con voz de actor de doblaje español, especializado en doblar a jóvenes negros del Bronx.

—Joder, joder. Mierda.

Consigo ponerme a cuatro patas tragándome los alaridos por deferencia a mi somnoliento compañero. Sacudo a papá, lo zarandeo de nuevo por los hombros. Se despierta y en una especie de ataque sincopado, se incorpora hasta quedar sentado formando una ele con su tronco y sus piernas y me dice: «¡Te voy a sacar de aquí, hija!». Mentira, papá no dice nada, papá se niega a reaccionar. Por más que lo agito. Le empiezo a hablar al oído con suavidad, en otra táctica. Me sonrío. Le digo que esta tarde es la final de la Eurocopa y que tenemos que volver, que nos están esperando para hacer la paella, que ha sido una gran tontería insistir en acercarnos a la gasolinera esa de mierda de la BP.

—¡Pero cómo van a tener azafrán en rama en una gasolinera de la BP!

Esto es un disparate. Tengo el pelo empapado en sudor. Apoyo las palmas en el suelo, ¡zas!, consigo incorporarme. Parece que me está adviniendo el estado típico de excepción de la heroína malherida. En este caso, ver a tu padre, moribundo,

ayuda. Te haces cargo y caminas. Inspeccionas la zona del bolso y encuentras el teléfono móvil. Tiene la pantalla completamente aplastada. Así resulta igual de anticuada que una pantalla de una Nintendo del año 83. Un lamparón de tinta bajo una pantalla gris rota en añicos.

Da igual, porque funciona. Tecleo y milagro. Un alivio indescriptible: una música enlatada me recibe como un coro de siete ángeles en un grupo de metales. Mi mensaje es el siguiente —me sorprende la capacidad sintáctica en semejante estado—: «Hemos tenido un accidente. Cerca de la gasolinera de la BP entre Agua Amarga y Almería. Nos hemos comido una mediana. Oigo un río. Estamos en un terraplén, bastante apartados de la carretera. Creo que mi padre está muy grave. Por favor, ¡que vengan! El sol nos va a matar».

No se puede describir el vínculo que se establece entre el herido y esa voz al otro lado. El hermanamiento es inmediato, fuera de toda intervención de la simpatía o las afinidades. Es una cuestión existencial, digna de estudio de la sección «filósofos de primera fila». Debe ser una de las relaciones más limpias que se pueden establecer con otro ser humano a lo largo de la vida. La cooperación pura.

La voz me pide que me mantenga al habla y yo pienso si podré mantenerme de pie mucho rato. Doy las últimas zancadas de lo que ha sido mi actuación en esta vida más cercana a la ciencia ficción. Me hincó de rodillas a pocos metros del padre y vuelvo a reptar con los codos. Reptar ahora me parece cómodo frente a mantener todo mi cuerpo erguido. Vuelvo a hablarle a papá de cómo he conseguido llamar a emergencias. Vienen a por nosotros. Van a venir. Me vuelvo a tumbar en decúbito supino, ya totalmente en paz, bajo la hojarasca iridiscente y quemada que nos sirve de lecho a mi padre y a mí.

Durante unos minutos no sabemos si esas agujas de pino serán lecho de muerte o simples camillas cautelares que nos llevarán a las manos que como tentáculos me imaginaba saliendo del teléfono: las manos de la voz que nos iba a salvar.

Todo estaba bien. Alguien sabía, aunque fuera lejos, que estábamos moribundos. Sabía de nuestra mala pata, de nuestro lugar en el mundo, aunque fuera el último. Me imaginé que vendría a por nosotros el actor que hacía de camillero del Samur en la serie de médicos de los jueves por la noche. Idiota. Fue lo último que pensé antes de empezar a oír los gritos que nos localizaban.

Y la sirena. Qué sirena. Por una vez, en ningún momento significa peligro.